



Resiliencia *Colectiva*



**Corecoles
Resiliencia**

Auteur:

Philippe de Dinechin

Illustratrice:

Angela Moneta Guala

Designer:

Elias Retsen

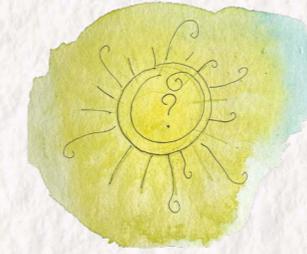
Collaborateurs:

Cécile Stola (Élan Interculturel), Mónica Bocaz (Animación), Roberto Mazzini (Giolli Coop), Diana Gil Trujillo (Educo/Comparte) and Carmen Seco Pérez (Bring Hope Humanitarian Foundation)

La publication ne reflète que les opinions des auteurs et des collaborateurs, et la Commission européenne ne peut être tenue responsable de l'usage qui pourrait être fait des informations contenues dans ce document.



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union



Fin de las clases

(Definición de resiliencia colectiva)

El sol iluminaba el patio de la escuela. Los docentes a menudo estaban felices en junio. Felices de haber acompañado una clase, de haber visto crecer y aprender a los niños, y felices también de irse de vacaciones.

El último lunes de clases, justo antes de comenzar la clase, Marta se sentó junto a Juan.

“Sabes que no me gusta que me molesten por la mañana. Tardo mucho en despertarme” —le dijo enseguida Juan para evitar que se lanzará en una conversación interminable.

“No pasa nada Juan, pareces un anciano cascarrabias, quería hablarte de resiliencia colectiva”. Juan tomó su taza y se alejó más, lanzando un: «Esta tarde si quieres».

A través de su investigación de los últimos meses, Marta entendió que la resiliencia no es una receta milagrosa, sino una herramienta que nos permite vivir mejor. Lo había notado con Karim. Cuando entró al aula, lo miró por el rabllo del ojo y le dedicó una sonrisa de complicidad. Su mirada luego viajó por la clase. Encontró a los niños y a las niñas un poco apáticos... algo que notaba desde el final del confinamiento.

Fue entonces cuando pensó en las palabras que una de sus compañeras había dicho el domingo: “Nuestras escuelas pueden convertirse en lugares que fomenten la resiliencia”. Eso sería genial, pensó para sí misma mientras repartía los cuadernos. Estaba medio soñando,

cuando escuchó a una niña gritar: «¡Para ya, me estás ensuciando!!!». La maestra no se había dado cuenta de que un bote de pintura azul había caído sobre su lindo vestido floreado...

“Disculpa, Emilie, ven conmigo. Te voy a limpiar». Emilie tomó la mano de la maestra. Marta le ayudó a quitar los restos de pintura y descubrió que Emilie estaba muy pálida.

“Estoy bien, estoy bien”, dijo la niña, “dormí mal”. En su ausencia, los alumnos habían sacado sus pinceles y la clase parecía más una obra de Miró que una escuela. Marta estaba ansiosa porque terminase la hora, no porque estuviera cansada de los niños, sino porque quería compartir sus ideas con sus compañeros.

En la escuela, la sala de profesores era moderna. Sillas rojas de madera con estructura de metal rodeaban una larga mesa ovalada de madera barnizada. Se habían colocado taburetes cerca de las paredes y un tablón sólido servía como escritorio. Ahora había enchufes por todas partes para que las maestras conectaran sus dispositivos electrónicos. No era raro ver a todas las maestras tecleando en sus teléfonos. Curiosa, Marta solía asomarse para adivinar qué estaban haciendo. Algunas mandaban mensajes de WhatsApp, otros pasaban el rato jugando Candy Crush o haciendo scroll sin parar para desplazarse por los videos de Facebook. Marta era una de las únicas, junto con Juan, en dejar su celular en su bolso.

Se acercó a él. Al verla venir, él inmediatamente sacó su teléfono. Marta se echó a reír tan fuerte que, una a una, las profesoras presentes fueron saliendo de sus burbujas. Al ver que había llamado la atención, Marta dijo: “¿No creéis que desde que terminó la pandemia los niños están diferentes? «.

“Yo encuentro a los míos un poco apáticos”, dijo una.

“Les cuesta fijar su atención”, agregó otro.

“Vienen todos dormidos por la mañana. Es cierto, el año ha sido difícil.”

“Los veo mas gorditos”, dijo uno de los profesores, cuyo suéter trataba de ocultar su prominente barriga. El comentario provocó hilaridad en la sala. El ambiente era agradable y los profesores a menudo se burlaban unos de otros.

Marta se sintió bien en la habitación. La mayor parte del tiempo había una atmósfera benévola y comprensiva. Porque compartían el mismo trabajo, que a veces era difícil, y porque se en-



frentaban a los mismos problemas, las profesoras habían sabido hacer de su sala un lugar de apoyo y diálogo. La sociabilidad y el impulso de las maestras más jóvenes impulsaba este ambiente agradable. Aquí es donde intercambiaban información rápida, pero también, a veces, discutían temas más profundos. Las profesoras iban allí durante el recreo, o cuando tenían un descanso entre dos clases, o incluso a veces al final de la clase. Los más jóvenes buscaban consejo y no dudaban en exponer las dificultades que tenían con ciertos niños. A los mayores, aunque no todos, les gustaba dar consejos.

Para Marta, la sala de profesores era realmente una fuente de recursos. Se dio cuenta de que, en tanto que la relación personalizada con sus alumnos se construía en clase, una reflexión colectiva en torno a las situaciones muchas veces permitía afinar las intervenciones educativas.

Las profesoras estaban compartiendo de nuevo.

“¡Yo sentí miedo, soledad!”.

“Problemas de obesidad, también”.

“Falta de atención, irritabilidad”.

La lista era escalofriante. Como si, de repente, las maestras se dieran cuenta de que los niños y las niñas habían vivido un trauma colectivo y que, hasta el día de hoy, nunca habían hablado realmente de eso.

“Además, la educación a distancia... que es realmente una tontería”.

«¡Es verdad!”, dijeron a coro todos los antiguos profesores que preferían cien veces sus viejos bolígrafos al ratón de la computadora.

Marta anotó todas las intervenciones en su cuadernito negro.

“Está bien, está bien”, dijo Juan, “lo entendemos. La lista es larga, pero vayamos más allá. ¿A qué se pueden atribuir todos estos problemas, o a quién?”

Los profesores, las profesoras, hablaban todos al mismo tiempo. Marta notó, de forma masiva: falta de actividad al aire libre, cierre de la escuela, angustia de las familias, cambio repentino en el estilo de vida, discurso mediático, miedo a enfermarse.

«Eso es mucho», comentó Juan. Mordisqueó su bolígrafo como si no quisiera continuar. Finalmente, hizo una sola pregunta. “¿Y qué hemos hecho?”. Nadie respondió.

Sonó el timbre que marcaba el inicio de la siguiente lección. Todas volvieron a sus aulas. Marta apenas tuvo tiempo de preguntar, un poco gritando para que la escuchasen quienes salían ya de la sala:

“¿Estáis de acuerdo en que nos reunamos para hablar de eso otra vez?”. Un sí colectivo concluyó la sesión improvisada.

Marta volvió a su clase. El pequeño Rodrigo lloraba porque tenía el pantalón manchado de pintura amarilla. Marta lo consoló rápidamente. Vio que la pintura había ido mucho más allá del delantal. Eso no le preocupaba.. Los padres de esta escuela eran comprensivos. Pasó la última hora limpiando el salón con los niños.

Al final de la clase, al ver las caras un tanto desconcertadas de madres y padres ante la ropa multicolor de sus hijos, Marta los tranquilizó lo mejor que pudo, al afirmar que la pintura al agua se iría en el primer lavado. Tenía prisa por encontrar a Juan.

Él la estaba esperando en el bar cercano, que todos los profesores llamaban «La Cita». Cuando llegó, Juan se puso de pie y le dio un fuerte abrazo. Al verlo, Marta le preguntó: «¿Cómo puedes tomar tanto café y todavía estar tan tranquilo?».

«Tranquilo o flojo, querrás decir», se rio Juan.

Y añadió: “Bravo, Marta, me encantó la discusión en la sala de profesores”.

La maestra sonrojó, especialmente porque su amigo era tacaño con los cumplidos. Juan continuó.

“Tan pronto como se acabó la pandemia, todos tiramos nuestras mascarillas. Nadie quería oír hablar del tema. No prestamos atención al daño que había causado en los niños... y quizás en nosotros. Por eso gracias, Marta. Vamos a poder trabajar sobre ello. Pero no hay que obsesionarse con la pandemia, no es el único problema”.

“Estoy segura de que me darás un libro nuevo”, sonrió Marta

“No, no. Busca en Internet por tu cuenta.”

«¿Qué quieres decir?”

“Veremos si nuestra escuela, la comunidad escolar, es capaz de afrontar los retos que se nos presenten.”

Después de una hora de buscar en Internet en la sala de profesores, Marta estaba completamente perdida. Incluso sus intentos en ChatGPT la habían confundido. No podía entender la diferencia entre resiliencia colectiva y resiliencia individual.

En su cuaderno, dibujó un pequeño boceto.

Resiliencia individual:

Maltrato, abandono, abuso sexual, enfermedad, estrés, duelo

Resiliencia colectiva

Exclusión social, racismo, desastre natural, pandemia

“De todos modos, a quién le importa”, concluyó, cerrando su pantalla, “lo importante es actuar”.

Cuando comentó su conclusión a Juan, al día siguiente en la sala de profesores, este se puso furioso.

“No, Marta, no es que no nos importe un carajo la historia”.

Aprovechando la presencia del profesor de historia, Pedro, que estaba corrigiendo a un metro de ellos, le preguntó: “¿Qué nos podrías contar sobre la historia de la resiliencia?”

Pedro, dirigiéndose a Marta, respondió:

“Conoces a Ulises, quien, después de la guerra de Troya, tardó 10 años en unirse a Penélope. Enfrentó muchos peligros, pero siempre supo levantarse a pesar de las adversidades. En la historia moderna, tenemos ejemplos de muchos hombres o mujeres como Nelson Mandela (que se convirtió en presidente después de 30 años en prisión) o Helen Keller (que se convirtió en profesora cuando era sordomuda)”.

“Sí”, dijo Marta, “...pero no dejan de ser casos de resiliencia individual”.

“Está bien”, prosiguió Juan, “entonces piensa en los bombardeos de la ciudad de Londres en el verano de 1940. Los londinenses, las mujeres londinenses, continuaron con sus ocupaciones diarias. Reconstruyeron los edificios destruidos y mantuvieron el ánimo. Más recientemente, en Liberia, un brote de ébola devastó el país. Las comunidades se han unido y han sobrevivido a esta terrible experiencia”.

“Este último caso es interesante”, respondió Marta, “nos podría ayudar. Nuestra escuela ha sido devastada por el Covid”.



«Muy buena idea», prosiguió Pedro, “le voy a pedir a uno de mis alumnos que haga una presentación sobre el tema después de las vacaciones».

“No sé si es un buen ejemplo”, respondió Juan, “la crisis provocó miles de muertos. Recuerdo una historia horrible en la que una familia fue amurallada viva para que no pudieran transmitir el virus. Están todos muertos”.

«Es cierto», respondió Pedro, el profesor de historia. “Pero se han realizado muchos estudios que han destacado buenas prácticas”.

“¿Conoces otros ejemplos?” preguntó Marta.

“Hay muchos ejemplos de escuelas que han trabajado la resiliencia colectiva: en México, en África, en Estados Unidos, en Europa... Pero antes de hacer una presentación, creo que los y las docentes deberíamos trabajar más este tema. Hablaré con la directora sobre eso”.

“Te acompaño”, dijo Marta.

La directora, la señora Gómez, a quien todos llamaban Liliana, escuchó atenta a Juan y Marta.

«Eres tenaz, Marta», dijo sonriendo. “Después de la resiliencia individual, quieres trabajar en la resiliencia colectiva. Bueno, está bien. Sugiero que hagamos un gran proyecto educativo para el próximo año”.

PARA RECORDAR

Definición de resiliencia colectiva

“La resiliencia colectiva se puede definir como la capacidad de una comunidad, sociedad o grupo de personas para hacer frente, adaptarse y recuperarse de manera efectiva frente a grandes desafíos, crisis o interrupciones...”

O,

“La capacidad de un sistema, comunidad o sociedad expuesta a peligros para resistir, absorber y corregir los efectos de un peligro”.

O

“La resiliencia consiste en [...] la capacidad de una persona o un sistema para recuperarse de un shock y permanecer relativamente estable a pesar de un entorno turbulento. (Therrien, 2010: 155)



De vuelta de vacaciones

Disposiciones para trabajar la resiliencia colectiva en la escuela

Ver la lista de alumnos, preparar sus cuadernos y lápices, repasar algunas materias, la lista de cosas por hacer...a Marta le encantaba este período. De niña, estaba encantada de poner sus nuevos rotuladores de colores en su estuche, de organizar su cartera, de ponerse su vestido más bonito. Hoy, ya adulta, sentía un placer similar.

Cruzando la pequeña calle que bordeaba la escuela, Marta, concentrada como estaba en su regreso a clases, fue casi atropellada por un gran auto rojo. Maldijo tan fuerte que el pequeño grupo que charlaba en la entrada se echó a reír. Marta se sonrojó.

Cada año, las docentes se reunían un día sin los estudiantes para prepararse para el año. La Señora Gómez actuaba de maestra de ceremonias. Comenzaba repartiendo los horarios, luego las responsabilidades y finalmente abría un espacio para los debates.

En la sala de profesores, había un alboroto indescriptible. Peor que los niños. Todas contaban sus vacaciones, exagerando todo un poco, sólo para decir que lo habían pasado bien. Fue Liliana quien puso fin al alboroto. “Cálmense, niños”, dijo, en voz alta y feliz. Los ruidos se calmaron en unos minutos y, como estudiantes bien educados, profesores y profesoras prestaron atención a la directora.

Volviendo a las conversaciones que había tenido en junio, sugirió que los docentes trabajasen la resiliencia colectiva. Había preparado un tablero de papel y les ofreció participar en una lluvia de ideas. La pregunta era simple: “¿Cuáles son los principales problemas

colectivos que vivimos dentro de nuestra comunidad escolar?”

“Las consecuencias del confinamiento”, respondió inmediatamente Marta, que estaba obsesionada con la reciente pandemia.

“No es sólo Covid”, respondió alguien.

“Por favor”, continuó Liliana, “la idea es sugerir temas, no discutirlos”.

Las y los profesores, unos quince, jugaron el juego. Tanto que al cabo de unos minutos se podía leer en la pizarra:

- El acoso de los estudiantes más débiles.
- Las consecuencias del confinamiento (era propuesta de Marta)
- Relaciones con los padres de los alumnos.
- El cambio climático
- La obsesión por los smartphones y el tiempo que pasan frente a las pantallas
- El camino peligroso afuera de la escuela.

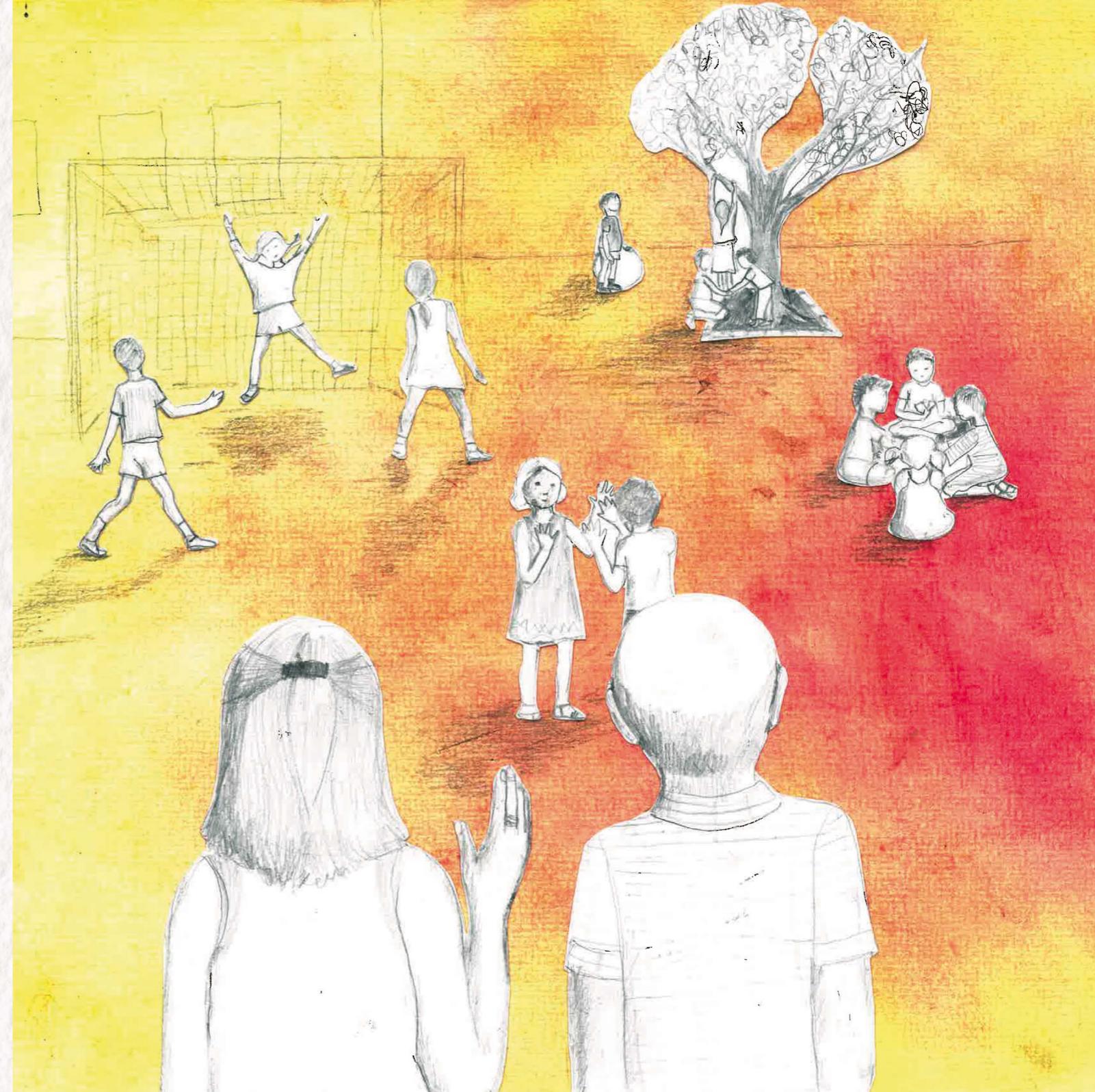
“Espera, espera”, dijo Juan, “te olvidaste de anotar los problemas vinculados a comunidades de diferentes orígenes: catalanes, hondureños, marroquíes, paquistaníes, ucranianos, etc”.

“Ups!!!”, comentó su vecino, “Este es un gran tema”.

La lista se completó de la siguiente manera:

- Las comidas de mala calidad en la cantina (era Juan quien había dicho eso, ante la mirada severa de Marta. Ante su sugerencia, todos se echaron a reír).
- Violencia entre estudiantes
- La falta de compromiso de algunos maestros
- La falta de participación de los alumnos (nadie se rió ante esta propuesta de Alberta, una profesora conocida por ser muy seca).

Liliana parecía algo perdida y desconcertada ante la lista de problemas. Al ver su cara de enfado, Marta, para animarla, le dijo: “¡No sólo hay problemas en nuestra escuela!”.



“Tienes razón”, dijo la señora Gómez, “no sólo hay problemas. Pero es bueno no dejarse abrumar y sobre todo afrontar las dificultades juntos”.

Uno de los docentes que no había hablado hasta el momento hizo una propuesta.

“¿Podríamos reunirnos y hacer un grupo de trabajo sobre cada tema?”

“Muy buena idea”, continuó otra maestra, “¿por qué no invitamos a los alumnos y alumnas a participar?”

“¿Y a las familias..?” agregó Marta .

El ambiente en la sala de profesores era fructífero. Cada uno proponía y trataba de mejorar la propuesta de su colega.

“Eso es muy lindo, todo esto, susurró un hombre sentado al lado de Marta, pero además de las clases, tendremos que quedarnos a trabajar.”

“Dilo más alto”, pidió Marta, “Nadie escuchó”.

Un poco avergonzado, dijo: “Este trabajo sobre resiliencia me parece muy interesante, pero ya casi no tenemos ni tiempo para terminar el programa, y, además, no tengo muchas ganas de trabajar horas extras no remuneradas”.

“Tienes razón”, respondió Liliana enérgicamente. “Es por esto que este trabajo es opcional. Que vengan los que quieran” .

Un poco molesta por el comentario de su colega, continuó: “Gracias a todos y todas. Conozco una asociación que va a las escuelas a formar docentes en resiliencia colectiva. Si queréis, puedo invitar a mi amigo para una conversación entre nosotros. Luego veremos si nos interesa”.



PARA RECORDAR

Disposiciones para trabajar la resiliencia colectiva en la escuela

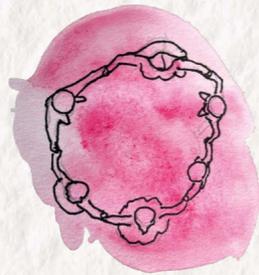
- Desarrollar un ambiente empático.
- Trabajar la escucha activa
- Aprender a trabajar juntos/as
- Contar con el apoyo de la dirección del centro
- Tener en cuenta las críticas y los miedos.

Referencias:

Zacharyas, C (2013). *Déterminants motivationnels de la résilience chez les enseignants : pour une meilleure compréhension de la santé psychologique des résilients*. Éditions Universitaires Européennes.

Ionescu, S. et al (2016). *La résilience dans le domaine de l'éducation. Ressemblances dans la diversité*. Odile Jacob, , pp. 137-171.

Duckworth, A. L., Peterson, C., Matthews, M. D., & Kelly, D. R. (2007). *Grit: Perseverance and passion for long-term goals*. *Journal of personality and social psychology*, 92(6), 1087-1101.



Primer taller de resiliencia

(Cómo trabajar la resiliencia colectiva)

«¡Hola a todos y todas, bienvenidos y bienvenidas!». Fue con estas palabras que Sergio inició el taller con los docentes de la escuela. Mujer de acción, Liliana había invitado de inmediato a un facilitador que le gustaba para capacitar a sus colegas en el tema de la resiliencia colectiva.

“Conozco a Sergio desde hace mucho tiempo. Estuvimos juntos en la universidad”. Inmediatamente, los profesores emitieron una especie de ronroneo. Liliana se sonrojó. “Le dije que nos interesaba trabajar la resiliencia colectiva”.

Sergio, para ayudar a su amiga, prosiguió: “Me encantó escuchar la propuesta de Liliana. Por lo general, tenemos que ir a las escuelas para convencerlos. No es fácil. Muchas maestras tienen poco tiempo y ya están sobrecargadas... El objetivo de este taller es fortalecer la motivación, definir qué es la resiliencia colectiva y finalmente ver qué temas queréis abordar. Pero, antes que nada, vamos a hacer una pequeña dinámica para ponernos cómodas”.

El silencio reinaba en la habitación cuando se abrió la puerta. Era el profesor de historia, atrasado, que intentaba pasar desapercibido, Sergio lo saludó calurosamente.

“Bienvenido, te invito a unirte al círculo”.

Sergio pidió a todos que se pusieran de pie. Sonrió. A los maestros no les gustaba mucho

que los dirigieran. Todos y todas hicieron su parte y después de unos minutos se formó un gran círculo.

“¿Estamos listas y listos? preguntó Sergio. “Les ofrezco un juego muy simple. Se agrupan en tríos y buscan una palabra que defina sus expectativas para hoy. Luego cada grupo ha de actuar, conjuntamente, la palabra.”

El grupo docente no esperó mucho para volver a ser niños y niñas, excepto quizás Juan, que parecía estar de mal humor.

Las presentaciones eran divertidísimas. Ver a Alberta, esa maestra un tanto severa, saltar como un resorte para evocar la palabra “dinámico” hizo reír a muchos. Además, ella también parecía feliz, como liberada. Y cuando Juan se llevó las manos a sus orejas en forma de abanico para sugerir la palabra “escucha”, una carcajada general llenó la sala.

Después de unos diez minutos, Sergio volvió a hablar:

“Como todas ustedes son maestras, les contaré un pequeño secreto. Este tipo de animación para iniciar un taller no se utiliza simplemente para romper el hielo entre quienes participan. Nos prepara mentalmente para abrirnos a la novedad, para soltar un poco nuestras aprensiones”.

“Es cierto”, murmuró una joven maestra. “Todas las mañanas pido a los alumnos un minuto de silencio. Creo que calma a la clase”.

“Eso es, exactamente”, continuó Sergio. “Me doy cuenta de que las escuelas tienen problemas comunes como pueden ser el acoso, la relación con las familias del alumnado, con la dirección, las condiciones de trabajo, etc., y algunas instituciones tienen problemas específicos que pueden estar relacionados con la construcción de la escuela o con una persona en particular. Esto es lo que vengo a hacer hoy con ustedes: a determinar a qué problema le daremos prioridad y qué estrategia usaremos para trabajar en ello”.

“Pero les sugiero que empecemos definiendo el concepto ...”

Fue entonces cuando Marta se permitió cortarle el paso. “Sergio, no te lo tomes a mal, pero ya hemos trabajado en el concepto. También hicimos una lista de problemas que queremos abordar”.

“Veó que Marta es una mujer apresurada y resolutiva. ¡Muy bien! Liliana me dio esta

lista. Vamos a intentar establecer prioridades entre todas, porque no podemos hacerlo todo. Para establecer una jerarquía entre los problemas, os invito a ordenarlos del 1 al 10, de acuerdo al grado de preocupación e importancia que otorgan a cada punto. “Se dará prioridad al problema con más puntos. ¿Correcto?”.

Alumnos aplicados, los docentes pasaron por turnos al pizarrón para dar puntos a cada tema.

Para sorpresa de todos, el tema que más votos recibió fue : “tiempo frente a las pantallas”.

Marta no estaba muy contenta. Le pareció que su tema: “las consecuencias del confinamiento en los niños” era más importante. Al ver que solo una persona había votado por ella, intentó brevemente defender su caso.

Sergio la tranquilizó: “Marta, es... ¿ te llamas Marta, verdad ? En primer lugar, creo que hay vínculos entre los dos temas y luego, como dije, nada impide que forméis grupos si deseáis trabajar sobre varios temas”.

Mientras Sergio hablaba con Liliana, la directora tomó su teléfono. “Ya veo”, dijo Sergio, “que esto no es un problema que solo afecte a los niños”. La directora se apresuró a meter su teléfono en su bolso, multiplicando las excusas.

“¿Tenéis preguntas?” Sergio se dirigió rápidamente al grupo para evitar que Liliana se avergonzara demasiado.

“¿Tú crees”, comenzó Juan, “que los niños y niñas deberían estar incluidos en esta reflexión?”

Sergio respondió con otra pregunta: “¿Qué te parece?”

“Ellos son los principales afectados”, dijo Alberta. “Tienen que participar”

“Sí”, respondió su colega. “Estoy de acuerdo contigo, pero no de cualquier forma. Las y los niños no hablan de la misma manera si sus madres o padres están presentes.”

“¿Y las familias, entonces?, preguntó otra maestra.

Todos coincidieron en que sí, era necesario integrar a la comunidad escolar: madres, padres, docentes, estudiantes e incluso el personal administrativo.



“Si puedo dar un consejo”, agregó Sergio, “Lo mejor es hacer talleres con cada grupo, y luego reuniones con toda la comunidad”.

“Eso me parece una gran idea”, concluyó Liliana. “Si estamos de acuerdo, también invitaría a personas de fuera de la escuela.”

“¿En quién estás pensando?” preguntó Juan.

“Bueno, el responsable de educación del ayuntamiento, los líderes del barrio, incluso puede ser la policía o los bomberos.”

Marta encontró esta idea un poco rara.



PARA RECORDAR

Consejos para un taller exitoso

- *Tómese el tiempo para crear y consolidar un grupo*
- *Permita que todos se sientan bien en el grupo.*
- *Especificar que los ejercicios son opcionales, no hay obligación de participar*
- *El objetivo del taller debe ser claro y explícito.*
- *Acordarse de evaluar el proceso y el resultado.*

Consejos para un taller exitoso

- *Una buena coordinación del equipo multidisciplinario promueve un buen ecosistema escolar*
- *El compromiso de la dirección dinamiza a todos los actores*
- *La implicación de toda la comunidad escolar (niños, profesores y familias) es una condición para el éxito de las propuestas implementadas.*
- *La interacción con actores externos consolida una comunidad escolar abierta al mundo*

Dijoux M.T., Anaut M. (2020). *Accompagnement à la résilience en milieu scolaire au Liban : à propos d'une recherche action. Écrire le social*, 2020/1 (N° 2). pp. 4-17. DOI : 10.3917/esra.002.0005. URL : <https://www.cairn.info/revue-ecrire-le-social-la-revue-de-l-aifris-2020-1-page-4.htm>

Cutter, S. L., Barnes, L., Berry, M., Burton, C., Evans, E., Tate, E., & Webb, J. (2008). *A place-based model for understanding community resilience to natural disasters. Global Environmental Change*, 18(4), 598-606.



Conversaciones con Francesca

(Especificidades de la resiliencia colectiva)

Tras el encuentro con Sergio, Marta estaba feliz. Trató de invitar a un colega a tomar una copa en “La Cita”, el bar de la escuela, pero sin éxito. Iba caminando, casi saltando. Una especie de confianza y serenidad se apoderó de ella. Y quería compartirlo. Cogió su teléfono móvil, se desplazó por sus contactos y pulsó el botón “Mamá”.

Solía ser ella quien llamaba a su hija y por ello la madre de Marta preguntó de inmediato, casi preocupada: “¿Estás bien, hija mía?”.

“Sí, sólo quería hablar contigo.”

“Pasa por la casa, aquí estoy. Nos tomamos un vermú”.

La casa de Francesca era una verdadera biblioteca. Las paredes estaban tapadas de libros de todos los tamaños y colores. Francesca, ahora jubilada, era una antigua maestra que disfrutó su vida entre sus libros y sus amigos.

“Mamá”, atacó Marta de inmediato, “¿cuál es la diferencia entre la resiliencia individual y la resiliencia colectiva”.

“Hola, hija mía”, articuló Francesca con fuerza, como para recordarle que un pequeño “hola” no viene nunca mal para entablar una conversación, incluso si es con la propia madre.

“Lo siento, mamá. Hola”.

Francesca tomó sus anteojos y comenzó a buscar un libro. “Ah”, dijo, molesta, “No lo encuentro”. Mientras continuaba con su búsqueda, comentó: “Ambos conceptos se relacionan con la capacidad de enfrentar y superar las dificultades de un individuo o de un grupo. El primero se refiere a la capacidad de un individuo para hacer frente a los desafíos, tensiones y situaciones adversas de la vida. El segundo, la resiliencia colectiva, se refiere a la capacidad de una comunidad, grupo o sociedad en su conjunto para recuperarse de las crisis.”

La expresión del rostro de su hija revelaba una profunda admiración por su madre.

“Bueno, es fácil decirlo...pero me da rabia, no puedo encontrar el libro que quería prestarte”. Francesca clasificaba sus libros en orden alfabético, lo que facilitaba mucho la búsqueda. “¿Cómo pudo desaparecer?” se preocupó la joven jubilada.

“Es casi lo mismo, entonces”, dijo Marta.

“En realidad”, respondió Francesca, “toda resiliencia es colectiva en el sentido de que involucra a varias personas. Tu alumno Karim lo está haciendo bien gracias a sus habilidades, como el optimismo, la flexibilidad mental, la autoestima, la capacidad de regular las emociones. Pero solo, no podía hacer mucho. Somos animales sociales, ¿entiendes?”.

Francesca siguió hablando, pero a Marta le costaba entenderla.

“¿Qué dices, mamá? Deja de murmurar, lo estás haciendo cada vez más a menudo”.

“Sí, cuando te haces mayor y cuando estás sola, murmuras... Decía que en la universidad nos gusta distinguir, crear nuevos conceptos, para pensar un poco. Pero la resiliencia colectiva siempre ha existido. El interés puede ser que los pedagogos hayan desarrollado algunos criterios sobre los que podemos trabajar.”

“¿Cuáles, por ejemplo?”.

“Es exactamente por eso que busco un libro y balbuceo : porque me molesta no poder encontrarlo”. Luego, adoptando un tono más de maestra que de madre, continuó: “La resiliencia colectiva pone en juego los recursos de un grupo, los valores compartidos, el apoyo mutuo, el espíritu de colaboración en situaciones complicadas”.

“Pero, ¿cómo podemos saber si un grupo es resiliente?”

“¿Viniste a tomar un vermú con tu madre o a escuchar una conferencia sobre resiliencia colectiva?”

Marta se echó a reír.

“Yo me encargaré de eso, mamá “.

Abrió el armario, sacó dos vasos. Se dio cuenta de que había dos botellas de vermut, pero no se lo dijo a su madre. Tomó una caja de aceitunas y se sentó junto a Francesca, que estaba encantada.

Ante los ojos atónitos de su hija, Francesca bebió de un trago su vaso de vermut.

“Mmm, que bien sienta. Déjame contarte una historia...En aquella época, cuando estaba dando clases, todavía no teníamos computadoras, y mucho menos Internet. Los alumnos estudiaban con sus cuadernos y sus libros. De repente, me di cuenta de que muchos alumnos, demasiados, no estaban aprendiendo sus lecciones. Es el problema de todos los profesores, me dirás. Pero yo estaba muy asombrada, porque algunos niños, que me parecían muy despiertos, curiosos y apasionados, no sabían ni un verso”.

“¿Entonces?” preguntó Marta, curiosa.

“Entonces puedes servirme otro vasito.»

Marta obedeció, haciendo una mueca.

“Así que hablé con mis colegas al respecto en la sala de profesores. Uno de ellos tenía a su hijo en la escuela. Este niño nos dio la explicación”. Francesca guardó silencio y tomó una aceituna.

“Está bien, ya es suficiente, mamá, déjate de ridículos suspensos, termina tu historia”.

Satisfecha con su efecto, Francesca continuó: “Es muy simple. Un gran número de niños no tenían los libros. Afortunadamente con mis colegas estábamos muy motivados y muy unidos. Teníamos muchas conexiones personales e hicimos muchas actividades juntos. Contactamos con las editoriales que nos ofrecieron algunos libros escolares y así pudimos crear una biblioteca escolar. Fin del problema”. Orgullosa, agregó: “Creo que esta biblioteca todavía existe. Se llama « Las Palabras mágicas ! »

Le tocó a Marta tomar una aceituna, como si eso la ayudará a pensar.

“¡Bonita historia, mamá, de verdad! Pero en muchas escuelas no existe esa fuerte cohesión de la que hablas. Las relaciones a veces son tensas, hay poca solidaridad. La información no se comparte. Los profesores realmente no se ayudan unos a otros...”



“¿Estás hablando de tu escuela?” preguntó Francesca preocupada.

“ No, para nada. En nuestra escuela, es un poco como en la tuya. Los maestros quieren comprometerse y la directora también.”

“ Entonces, ¿cuál es el problema?”

“El problema es que siempre tomamos ejemplos que funcionan bien. ¿Qué haces si el ambiente en la escuela es malo? ¿Si los docentes no quieren participar en acciones colectivas? ¿O si la dirección no quiere saber nada?”

“En estos casos, la escuela siempre se verá abrumada por las crisis, grandes o pequeñas”.

“Eres muy pesimista, mamá”.

Cuando Francesca estaba a punto de rellenar el vaso de vermú, su hija le quitó la botella.

“Estaba delicioso, ahora pongamos la botella en su lugar”.

Francesca sonrió al ver la mirada casi maternal de su hija.

“Te voy a contar un secreto. Hay problemas sin solución. De niña, te gustaba hacer castillos de naipes y eras buena en eso. Pero, si las cartas de la base tambaleaban, el castillo siempre se caía”.

“Hermosa imagen, mamá. En estos casos hay que rehacer la base. Puedes ver una solución para todo”.

Al despedirse, Marta le preguntó a su madre.

“Por cierto, ¿qué libro estabas buscando?”

Francesca miró a su hija y dijo: “Ufff, se me olvidó”.



PARA RECORDAR

Los elementos específicos de la resiliencia colectiva

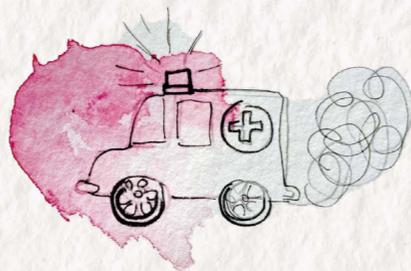
- Cohesión social del grupo e implicación de toda la comunidad
- Relaciones positivas entre los miembros.
- Confianza y apoyo mutuo
- Intercambio de información
- Coordinación de las acciones del equipo educativo
- Movilización de recursos intelectuales y materiales e interacciones con actores externos
- Participación activa de los miembros de la comunidad en la preparación y toma de decisiones
- Capacidad para adaptarse a los cambios, anticipar dificultades, aprender de experiencias pasadas
- Fuerte apoyo institucional, compromiso de la dirección.

Paton, D., & Johnston, D. (2001). *Disasters and communities: Understanding social resilience. Journal of community & applied social psychology, 11(6)*, pp. 421-437.

Norris, F. H., Stevens, S. P., Pfefferbaum, B., Wyche, K. F., & Pfefferbaum, R. L. (2008). *Community resilience as a metaphor, theory, set of capacities, and strategy for disaster readiness. American journal of community psychology, 41(1-2)*, pp. 127-150.

Faugeron, C., & Le Bigot, L. (2017). *Les facteurs de résilience collective dans les équipes de travail. Pratiques Psychologiques, 23(1)*, pp. 41-56.

Rebolledo-Mendez, G., & Fernández-Porto, M. (2016). *Community resilience and resilient community. Psicogente, 19(36)*, pp. 84-100.



La Crisis no avisa

(Estrategias que pueden desarrollar la capacidad de una escuela para la resiliencia colectiva)

Todo estaba listo. A Marta le costó conciliar el sueño ya que estaba muy interesada por este primer taller sobre la resiliencia colectiva. Tanto, que se había adelantado al despertador. Después de muchas discusiones y a propuesta de Sergio, los docentes habían decidido en conjunto no elegir un solo tema, sino trabajar la resiliencia en general e ilustrar su trabajo con los temas que habían seleccionado. Este consenso, alcanzado rápidamente, había satisfecho a todo el grupo.

Mientras se acercaba a la escuela, Marta vio de lejos una multitud cerca de la entrada. No era normal. Parecía una especie de protesta. Se acercó rápidamente y entró en pánico al ver las miradas perdidas de sus compañeros. Juan se acercó a ella.

“Al pequeño Rodrigo lo atropelló un coche al cruzar la calle para venir a la escuela. La ambulancia llegó rápidamente. No sabemos más”.

Una gran emoción se apoderó de ella. Conocía bien a Rodrigo. Lo había consolado hacía unos días. Pequeño y redondito, era bastante bullicioso. Activo, le gustaba jugar, correr. Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos. Se imaginó lo peor. Cuando Juan trató de consolarla, una voz dijo: “Tal vez es hora de volver a clases”.

“¿Cómo puedes decir eso?”, respondió otro en tono de desaprobación, “un niño acaba de tener un accidente y estás pensando en la clase”.

En cuestión de minutos, el silencio emocional fue reemplazado por comentarios insidiosos. Unos criticaron a otros por querer seguir “como si nada”. Los demás, viendo que nada podían hacer, pensaban que los niños debían ser acogidos.

Sergio, que había venido a facilitar el primer taller, invitó a los maestros a reunirse a la hora del almuerzo.

Marta entró en su clase como una autómatas. Los niños estaban preocupados. En lugar de Rodrigo, una silla vacía era testigo de la tragedia. Las preguntas volaban.

“¿Dónde está?”, “¿Está muerto?”, “¿Volverá pronto?”. Inocentemente, un niño incluso preguntó la marca del auto que había atropellado a Rodrigo. Marta no supo qué responder.

Trató de tranquilizar a sus pequeños : “De momento no lo sabemos, hay que esperar noticias”. Luego pidió a los niños que dibujaran lo que habían visto. Todos estaban en silencio. Aplicados, los pequeños se pusieron a dibujar en sus hojas.

Alrededor del mediodía, la sala de profesores comenzó a llenarse. El tono iba subiendo. Dos profesores, de los más antiguos, se criticaban mutuamente.

“¿Cómo puedes decir eso?” preguntó uno. El otro tenía los puños cerrados. Se contuvo. Al ver la escena, Marta pensó en el buen ambiente que reinaba hace unas horas entre los compañeros. “Un grano de arena y todo desaparece”.

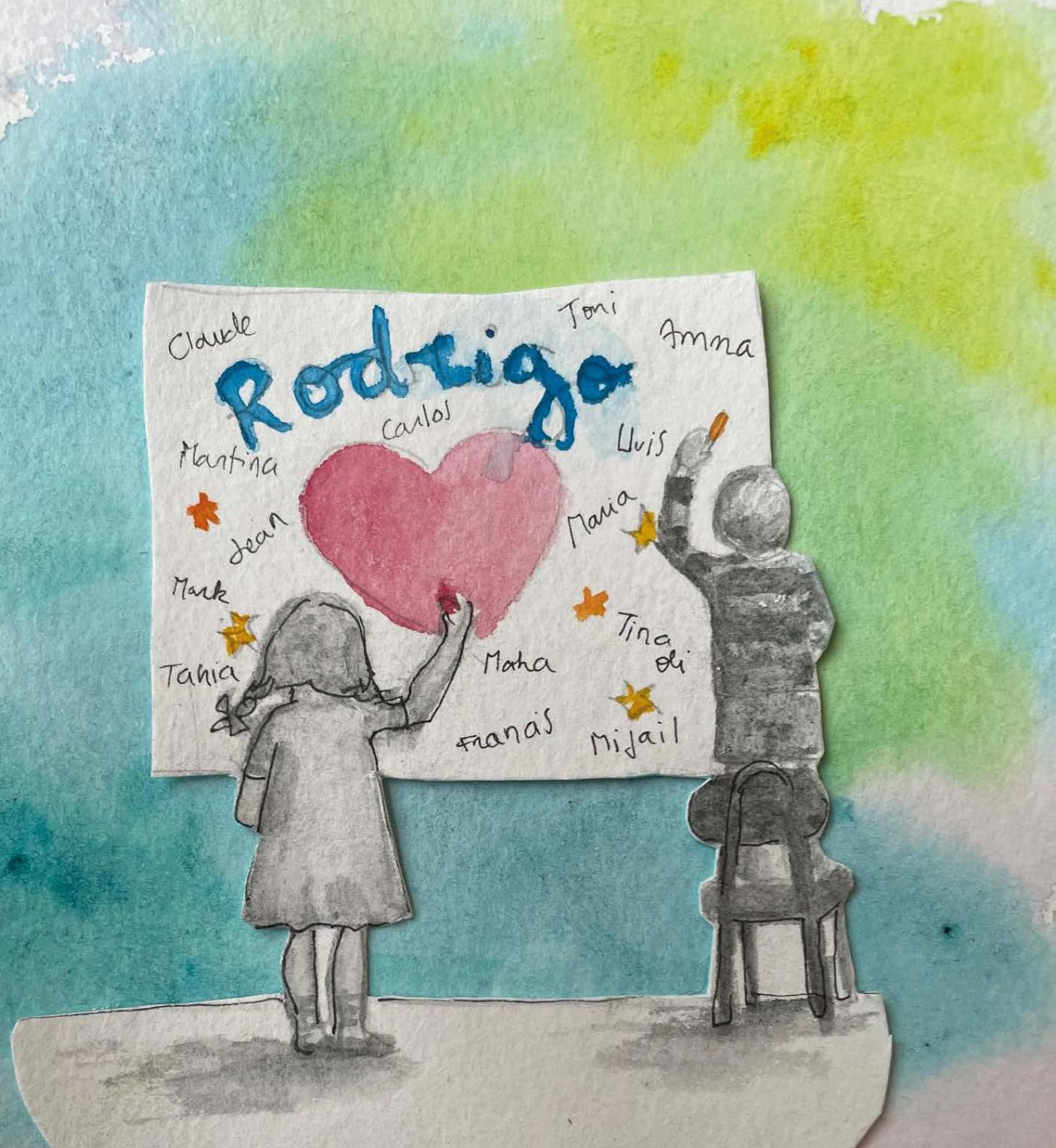
Juan le susurró al oído. “La vida interrumpe nuestros planes, al parecer”.

Sergio, que estaba cerca, repitió esta frase : « “La vida interrumpe nuestros planes” es una muy buena introducción para hablar de resiliencia. Recuerden que la resiliencia colectiva es la capacidad de una comunidad para hacer frente a una crisis. No avisa. ¡Así que hagamos frente!. » Invitó a los dos profesores que discutían a intervenir. Ambos pudieron explicar sus motivaciones, pero también sus ansiedades.

“Estaba muy asustado”, dijo uno.

“No supe cómo reaccionar”, dijo el otro.

A pesar de escuchar y de poder verbalizar lo que sintieron en el momento de la tragedia, Marta pudo ver que tenían resentimiento el uno con el otro. Empezó a hablar y fue interrumpida por varios comentarios. Sergio, muy tenso, dijo en voz alta: “Escuchemos a Marta, por favor. Todos tendrán tiempo para hablar”.



“Ayer”, comenzó Marta, “estuve en casa de mi mamá. Hablamos de resiliencia colectiva. Como buena alumna, le expliqué todos los elementos necesarios para que una escuela sea resiliente. Estaba segura de que nuestra escuela era perfecta, que vivíamos una bonita cohesión de grupo y que nos hacía fuertes y preparados para afrontar todas las dificultades”.

“Algunas personas se engañan”, murmuró Alberta.

“Sí”, Alberta, continuó Marta, “tengo esta ilusión de que podemos trabajar juntos, aprender juntos y resolver nuestros problemas comunes”. Irritada por haber sido reprendida, Alberta tensó la cara de tal manera que resultó en una mueca divertida. Uno de los profesores se rió. Por contagio, otros siguieron su ejemplo. Pero rápidamente, los profesores se callaron como si se sintieran culpables por reírse de la situación.

“Lágrimas, risas, odios, amistades...Díganme, hoy es un diluvio de emociones. Pongamos las cosas sobre la mesa y dime tú, Alberta, ¿cuál es la mejor estrategia para salir adelante y crecer en una situación como esta?”

Alberta volvió la cabeza. Fue entonces cuando habló una profesora interina.

“Para una buena estrategia es necesario identificar los riesgos, preparar y planificar los planes de contingencia, administrar bien los recursos, comunicar bien”. Ella se detuvo en seco. “Pero ahora nada funciona, no estamos listos. Cualquier comentario da lugar a una disputa”.

“Gracias”, le dijo Sergio, “cada grupo tiene unas especificidades, ciertos personajes, una historia, una historia de relaciones, entonces es difícil definir una estrategia ya hecha, como un mago que se saca un conejo de la galera. Una estrategia se construye a través del diálogo. Y el diálogo no siempre es fácil. No tengamos miedo de los argumentos. Establezcamos espacios de discusión y reflexión”. Le guiñó un ojo a la interina. “Nada es químicamente puro en las relaciones humanas, no esperemos a ser perfectos para trabajar la resiliencia. Más que una meta, la resiliencia es un camino, un proceso de aprendizaje, entre todos y todas. Cada conflicto nos ayuda a desarrollar estrategias que nos permitan enfrentar el siguiente”.

Cuando Marta volvió a su clase, los propios alumnos habían pegado todos sus dibujos en las paredes, y ella, con letras muy grandes rojas y azules, escribió “Rodrigo, te queremos”. Nuevamente, se le escapó una lágrima. Fue entonces Karim, todo sonrisas, quien salió a

buscarla, le tomó la mano y le dijo “Va a estar bien, va a estar bien, Marta. ¡No llores! “. La joven maestra ya no sabía si lloraba pensando en Rodrigo o en Karim, ese pequeño que había venido de lejos.

“Gracias, niños”, dijo. “Gracias, sus dibujos son hermosos. Estoy segura de que Rodrigo estará feliz”. Realmente no creía lo que estaba diciendo, pero esas eran las únicas palabras de esperanza que podía pronunciar. El accidente había sido grave. Algunos decían que Rodrigo voló unos metros. Otros confirmaron que no se movía cuando llegó la ambulancia. “Pero estaba respirando”, agregaron para contagiarse de esperanza.

Después de la escuela, Marta se juntó con Juan en “La Cita”.

“Ya ves Marta, empezamos bien. Recuerda nuestra pintura, habíamos identificado la calle como un espacio peligroso. Nos quedamos sin tiempo. Échale la culpa a la mala suerte”.

“La suerte no tiene nada que ver con eso”, respondió ella. Deberíamos haber empezado antes. Hay que continuar Juan. Es lo que creo”.



PARA RECORDAR

La estrategia de resiliencia colectiva:

- Es un plan de acción destinado a fortalecer la capacidad de una comunidad o grupo para hacer frente a las crisis.
- Pretende fortalecer las capacidades colectivas de la comunidad a través de formaciones en habilidades básicas de gestión de crisis, conocimiento de las medidas de mitigación de riesgos, el refuerzo de las habilidades técnicas y promoción de la resolución de problemas
- Enfatiza la comunicación clara y efectiva, así como la conciencia de la comunidad sobre las temáticas de la resiliencia.

Resiliencia colectiva:

- Se basa en la colaboración entre los diversos actores de la comunidad: niños, grupos de padres de alumnos, profesores.
- Implica la identificación de los riesgos que enfrenta la comunidad así como las funciones y responsabilidades de los distintos actores en caso de crisis y la optimización del uso de los recursos disponibles

El aprendizaje continuo, dicho de « la escalera », permite adaptar la estrategia de acuerdo con las nuevas realidades y su retroalimentación.

Tierney K. J. (2003). *Conceptualizing and measuring organizational and community resilience : lessons from the emergency response following the september 11 2001 attack on the world trade center.* University of Delaware Disaster Research Center.

Khanlou, N., Wray, R. (2014). *A whole community approach toward child and youth resilience promotion: A review of resilience literature.* *International Journal of Mental Health and Addiction*, vol. 12, pp. 64-79. DOI : 10,1007/s11469-013-9470-1.

Luthar, S.S., Cicchetti, D., Becker, B. (2000). *The construct of resilience : a critical evaluation and guidelines for future work.* *Child Development*, 71, 543-562.



Trabajando juntos por la resiliencia en la escuela

(Una experiencia exitosa de resiliencia)

“Hay momentos en los que hay que dejar de parlotear” exclamó Marta frente a los profesores que estaban nuevamente reunidos en su salón. “El problema, lo hemos identificado. La calle que pasa frente a la escuela es peligrosa. Tienen que cerrarla.”

“No es tan simple” respondió Liliana. “La escuela no es la policía”.

Juan continuó: “Es cierto, pero podemos concienciar a la población y en particular a los padres de los alumnos”.

Para sorpresa de todos, Alberta, esa a la que todos tenían un poco de miedo, propuso: “Podemos encontrarnos todos en la calle este viernes y bloquear el tráfico”. Una lluvia de aplausos dio la bienvenida a la propuesta de Alberta, y las conversaciones se reanudaron.

Liliana trató de hablar. Fue difícil, porque cada uno tenía su propio comentario. Para sorpresa de todos, comenzó a tararear una canción infantil.

“El payaso Plim Plim, se pinchó la nariz”.

Las voces comenzaron a desvanecerse.

“Y con un estornudo, hizo fuerte “¡Atchiss!”.

Entonces, todos guardaron silencio, asombrados por la actitud de la directora.

“Aquí... aquí estamos. Sabía que esta técnica funcionaba bien con los niños. Veo que es perfecta para los profesores. Os propongo antes de decidir nada, convocar a una reunión de toda la comunidad escolar mañana, viernes, por la mañana. Compartiremos nuestras ideas y tomaremos una decisión”.

Alberta frunció el ceño. No le gustaban las grandes asambleas. Terminó soltando un “Vale, vale”.

De boca en boca, la información circuló rápidamente de modo que a las 9 a. m. en el gimnasio de la escuela, el salón más grande, estaba completamente lleno. No había suficientes sillas para todos. Había tres grupos bien separados. Los docentes estaban frente a la asamblea sentados en semicírculo. Todos los niños de todas las clases estaban sentados en la primera fila y los padres estaban de pie detrás de los alumnos.

Liliana tomó el micrófono.

“¡Antes de que comencemos nuestra reunión, tengo una sorpresa para vosotros!”

La puerta del gimnasio, la que estaba cerca del escenario, se abrió. Rodrigo estaba sentado en una silla de ruedas empujada por su madre. Ambas piernas estaban enyesadas. Su madre estaba radiante, él se estaba riendo. Un estruendoso aplauso los recibió.

“Rodrigo tuvo un accidente. Todos ustedes saben eso. Estamos felices de darle la bienvenida. ¿No podrás correr por un tiempo, no?” dijo dirigiéndose al niño.

Luego, retomando un tono más serio, se dirigió a la asamblea : “Se ha producido un accidente. Un coche, que por cierto no iba muy rápido, atropelló a Rodrigo hace unos días. Todos sabíamos que el camino era peligroso. No podemos darnos el lujo de esperar a que otro niño resulte herido. Los maestros y yo queremos cerrar esta calle”.

Marta iba a continuar: ¿tenía tanto que decir!. Pero fue Alberta quien habló. Ella apretó el puño.

“Liliana tiene razón. Cerrar la calle es la única solución. ¡Estoy a favor!”

Nadie esperaba que esta profesora, a pocos años de jubilarse, vestida con traje estricto y rostro severo, estuviese al frente de la manifestación.

Luego fue el turno de la mamá de Rodrigo : “Tenía mucho miedo y quería agradecerlos a todos por las palabras de apoyo. Por suerte, mi hijo solo tiene dos piernas rotas. Las piernas se arreglarán con el tiempo. Y luego eso me da unas semanas de descanso...” La asamblea se echó a reír. Rodrigo frunció la cara. Sintió que la gente se burlaba un poco de él.

“Estoy a favor del cierre. No quiero que le pase lo mismo o peor a otro niño”, agregó la señora.

Cuando terminó de hablar, se escuchó una voz aguda.

“Y podemos dibujar en la calle”, dijo Émilie, que estaba sentada en la primera fila.

“ ¿Qué buena idea!”, respondió Liliana.

“Llevaremos tizas y los niños podrán dibujar en el piso.”

Un padre sugirió vender algunas bebidas. Marta se ofreció a leer cuentos. Todos acudieron allí con una propuesta: un espectáculo de discursos, canciones...

La cita se hizo para el último viernes del mes, justo después de la escuela.

La fiesta militante fue un éxito. La comunidad escolar había invadido la calle. Liliana se había encargado de invitar a las autoridades locales, al alcalde del barrio, al jefe de la comisaría, al director del hospital. Hasta los mendigos del barrio vinieron a escuchar. En un rincón, unos niños dibujaban con tiza en el suelo, otros corrían gritando. Los padres hablaban entre ellos. Sobre la pequeña plataforma, fue Rodrigo, la víctima del accidente, quien habló primero.

El discurso de Rodrigo impresionó a todos. Habló de su accidente, del miedo de sus padres, del hospital, de la gentileza de la enfermera. Dijo que estaba mejor. Al final, para sorpresa de todos, el pequeño con su voz aguda, interpeló al alcalde: “Señor alcalde, ¿qué va a hacer para que no atropellen más a ningún niño? El alcalde sonrió para ocultar su vergüenza. Rodrigo continuó en tono serio, diciendo que no era broma, que casi se muere y que el alcalde tenía que encontrar una solución hoy mismo. Los niños dejaron de dibujar, los padres de hablar. Hubo una gran ovación.



El alcalde fue muy breve. Frente a todos, se comprometió a cerrar la calle.

Risas y gritos de alegría concluyeron el discurso del alcalde. Cuando todos se disponían a irse a casa, Sergio invitó a los participantes a celebrar su gran victoria en el bar “La Cita”.

Incluso antes de que llegaran las bebidas, exigió unos minutos de atención. No había suficientes sillas para todos. Alrededor de Sergio se había formado un grupo de unas treinta personas. Los padres, que miraban de lejos a sus hijos que jugaban en la calle, sin coches, casi todos los profesores del colegio, incluso el alcalde fue invitado a este aperitivo informal.

“Solo tengo una pregunta”, preguntó Sergio: “¿qué hemos aprendido?”

Las respuestas llegaron de todos los rincones y fue difícil anotarlas todas. Pero, eso fue lo que hizo Marta, en su fiel libreta negra.

Juntos somos fuertes

Tienes que pensar antes de actuar

Es mejor convencer que imponer tu punto de vista

La escuela debe estar abierta al exterior.

Los niños necesitan participar en las decisiones que les afectan

Hay que estar preparados para afrontar las dificultades.

A Marta le dolía el dedo de lo rápido que escribía para no olvidar nada. A menudo la gente repetía lo mismo. En este caso, simplemente agregaba una pequeña cruz al frente de la oración para mostrar que era importante.

Cuando llegaron las bebidas, ya no fue posible escribir nada. Una persona gritó: “Marta, no olvides anotar que festejar juntos es un buen ingrediente para la resiliencia colectiva”.

Todos rieron.



PARA RECORDAR

Muchos casos positivos de resiliencia colectiva en todo el mundo

Resiliencia económica: Tras las crisis económicas, las comunidades han trabajado juntas para revitalizar sus economías locales.

Resiliencia medioambiental: algunas comunidades han emprendido iniciativas de conservación del medio ambiente y gestión sostenible de los recursos naturales, ayudando a preservar la biodiversidad y a combatir el cambio climático.

Resiliencia social: los grupos marginados o discriminados han demostrado resiliencia colectiva luchando por sus derechos, sensibilizando a la opinión pública y provocando cambios sociales positivos.

Resiliencia cultural: las comunidades indígenas y otros grupos culturalmente han preservado sus tradiciones, lenguas y patrimonio a pesar de las presiones externas.

Resiliencia comunitaria en zonas de conflicto: En las zonas de conflicto, las comunidades locales han desarrollado a menudo redes de apoyo para hacer frente a los retos y amenazas.

Por una experiencia exitosa de resiliencia colectiva

- *La existencia de fuertes lazos sociales y comunitarios mejora la capacidad de una comunidad para hacer frente a situaciones adversas*
- *El liderazgo comunitario eficaz puede ser un factor clave para activar la resiliencia colectiva.*
- *La disponibilidad de recursos económicos, sociales y culturales puede influir en la capacidad de una comunidad para recuperarse de una crisis.*
- *La existencia de canales de comunicación efectivos y confiables puede ayudar a mantener informados a los miembros de la comunidad y coordinar los esfuerzos de respuesta.*
- *Las instituciones locales (gobierno, organizaciones no gubernamentales, etc.) pueden desempeñar un papel importante en la activación de la resiliencia colectiva.*

Anaut, M. (2006). *Humour et résilience à l'école. École et résilience.* Odile Jacob.

Tomkiewicz, S. (2001). *La résilience: résister et se construire. Du bon usage de la résilience, in Cahiers médicosociaux.* pp. 229-237.

Terremoto en Friuli en 1976, Italia

<https://www.borderlain.it/terremoto-friuli/#:~:text=%C2%ABIt%20was%20warm%20evening%2C%20in,when%20I%20heard%20a%20boat>

Mujeres desplazadas tras el conflicto armado en Ayacucho, Perú

https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/20.500.12404/20940/PACHECO_REYES_BEATRIZ.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Brote de ébola, Liberia

<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/16549716.2019.1662682>

Proyecto AEH en colegios de México

<https://www.icrc.org/es/document/mexico-construyendo-resiliencia-en-las-comunidades-educativas>

La pandemia del Covid en Chile

<https://rieoei.org/RIE/article/view/4383/4193>

El movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo en Chile

Un exemple de résilience politique, un mouvement pluraliste de non-violence active qui a manifesté pour dénoncer la torture au Chili et qui est né pendant la dictature d'Augusto Pinochet.

<https://youtu.be/QDJJvZzg8Ls>





Resiliencia *Colectiva*

